

á aquellos en cuyo favor acababa de hacer estos milagros. No volvais á caer ya en el pecado, no sea que os suceda otra cosa peor. Esto es tambien lo que os dice el Salvador, y lo que debéis deciros sin cesar á vosotros mismos. Para evitar esta desgracia tomad todas las medidas necesarias para conservaros en esta nueva vida que habeis recibido por vuestra resurreccion. Estad continuamente alerta, acordaos que estais en país enemigo, y sobre un mar célebre por los naufragios. No perdais jamás de vista el cielo: huid hasta de las menores ocasiones de pecado, y desconfiad de vosotros mismos.

2 Además de la fuga de todo lo que puede servir de ocasion de pecado, además de una fidelidad constante en todos vuestros ejercicios de piedad, y una delicadeza exquisita de conciencia, acercaos con frecuencia á los sacramentos; tened una devocion diaria y tierna á la santísima Virgen y á vuestro ángel de guarda: esta constante devocion es un poderoso medio para obtener de Dios la gracia tan necesaria de la perseverancia. Pensad frecuentemente en lo que vale la gracia, que es el precio de toda la sangre de Jesucristo. ¡Qué desdicha perderla! Es un tesoro, guardaos bien de esponerle, conservadle con cuidado, y sacrificadlo todo, bienes, honor, salud, la vida misma antes que perder la gracia. Pedid todos los dias la perseverancia y la gracia final; es este un puro don de Dios que es necesario pedirle todos los dias.

DOMINGO DE CUASIMODO.

ESTE domingo tan privilegiado en la Iglesia es propiamente el fin de la célebre octava de Pascua, la cual no era mas que una fiesta que duraba ocho dias. Observábanse estos siete dias de fiesta principalmente por los neófitos ó recién bautizados, á fin de fortificarles con auxilios espirituales, dice S. Juan Crisóstomo, contra todos los combates que tendrían que sostener despues del bautismo; puesto que el demonio jamás nos hace una guerra mas cruda, que cuando nos ve enriquecidos con mayores dones del cielo. En esto consiste que cada uno de los siete dias tiene todavía Evangelios y misas propias, á fin de que pueda predicarse en todos ellos. S. Agustin dice que esta octava de fiesta se habia establecido no solo para la solemnidad de la fiesta de la resurreccion, sino tambien para que contribuyese á fortificar el nuevo nacimiento de los que habian sido reengendrados, y su infancia espiritual; por esto se les

obligaba á comulgar todos estos ocho dias, y en cada uno de ellos se les hacia una nueva instruccion. Habiendo cesado hácia el siglo XIII el uso de no conferir el bautismo mas que en la Pascua y Pentecostes, se redujo á tres el número de siete dias de fiesta.

Los griegos llaman á este domingo el *Domingo nuevo*, en atencion á todos los que han sido reengendrados, porque es la primera vez que los neófitos, dejado ya el hábito blanco, comparecen en la iglesia con el hábito ordinario como el comun de los fieles. Danle tambien el nombre de *Anti-Pascual*, esto es, el domingo que está en oposicion al domingo de Pascua, cuya octava y solemnidad termina.

Entre los latinos se califica este domingo con diversos nombres. En los mas antiguos sacramentarios se llama *la Octava de Pascua*, y está considerado como el término no solo de esta célebre octava, la mas solemne de todas las octavas de la Iglesia, sino tambien de la quincena pascual de la cual hacia la abertura el domingo de Ramos, y á la que este domingo ponía el sello; de aquí ha venido el nombre de *Pascua cerrada*, que es el que se le da todavía en Francia. El nombre de domingo de *Cuasimodo* es en el dia de hoy el mas comun y el mas usado: está tomado de la primera palabra del introito de la misa de este dia. Por fin, entre los eclesiásticos se llama el domingo *in Albis*, esto es, el domingo que sigue á la semana en que los neófitos llevan el hábito blanco en señal de la inocencia que habian recibido en el bautismo. Hoy, dice el padre S. Agustin, queda terminada la solemnidad de la Pascua, y por esto los neófitos mudan de hábito; bien entendido, que no porque muden el hábito blanco, deben abandonar jamás la blancura de su alma, que consiste en la inocencia. No por esto deja de ser aun la solemnidad de este dia la fiesta, por decirlo así, de los nuevamente bautizados; á ellos principalmente hace relacion el introito y la Epistola de este dia.

Tambien en este dia, especialmente en Roma, distribuian los diáconos á los fieles despues de la comunión, los *Agnus Dei* de pasta de cera que el papa habia bendecido solemnemente, como se ha dicho en otra parte, y que habia comenzado él mismo á repartir la víspera entre el *Agnus Dei* y la comunión. En todos tiempos ha dado Dios á estas medallas de cera una virtud singular sobre los espíritus malignos, contra las injurias del aire, y contra las enfermedades contagiosas: la bendiccion especial del soberano pontífice les imprime esta eficacia, y esta es la causa por qué en todas las naciones se conservan con tanta veneracion entre los fieles.

El introito de la misa está tomado de la primera Epístola del apóstol S. Pedro. *Como niños que acaban de nacer*, sean vuestros primeros acentos *alabanzas al Señor*, y acciones de gracias á este Padre de las misericordias por los señalados beneficios de que os ha colmado. Diríjese propiamente la Iglesia á los neófitos, y es esta una especie de exhortacion que les hace. *Desead con ardor la leche pura de la sabiduría*, y no ceséis de prorumpir en cánticos de alabanzas y en bendiciones á un Dios que del fondo de las tinieblas os ha llamado á su admirable luz, á vosotros que antes no erais pueblo de Dios, y ahora lo sois. *Desead sinceramente la leche*. Sigue siempre la misma alegoría á la infancia espiritual de los neófitos, que no habiendo mas que ocho dias que habian nacido por el bautismo, tenian necesidad de ser alimentados con leche, pero con una leche pura y sin mezcla. Tened ansia por la doctrina santa y pura del Evangelio. Algunos santos Padres entienden por esta leche pura la Eucaristía, la cual, en efecto, es la leche de los flacos y el alimento sólido de los que son fuertes; por esto se les daba todos los dias de la octava á los recién bautizados. Tened hambre de este divino alimento, á fin de que por medio de esta leche, dice el santo Apóstol, crezcáis hasta llegar á la robustez.

La Epístola de la misa de este dia está tomada de aquel pasaje de la primera carta de S. Juan, en que este apóstol sienta que los que han nacido de Dios quedan victoriosos del mundo, y que esta victoria es el efecto de la fe que tenemos en Jesucristo; esto es, que todos los hijos de Dios, los verdaderos cristianos constituidos verdaderos hijos de Dios por el bautismo, quedan victoriosos del mundo, victoriosos del imperio que el demonio habia establecido en el mundo, y en donde no deja, aunque vencido, de tener partidarios que sostienen lo que sus leyes, sus costumbres, sus máximas han prescrito en él. Hasta la muerte de Jesucristo, el demonio ufano por la desgracia en que el hombre habia incurrido por el pecado, á nada tenia consideracion en el mundo, habia erigido un imperio cuasi absoluto sobre este hombre en desgracia de Dios, hasta hacer que se le erigiesen altares, se le diesen incienso, se le hiciesen votos, y en todas partes reinasen sus tiránicas leyes y sus perniciosas máximas. De aquí los templos, los ídolos, los sacrificios: de aquí el torrente de la idolatría que habia inundado todo el universo. Habiendo quedado exenta del contagio general por una singular predileccion de Dios sola la nacion judía, aun esta en cuasi todos los siglos habia tambien sido tocada de él. Jesucristo por su muerte habia ciertamente vencido á este fuerte armado, y triunfado de todas las potesta-

des, de todos los señores de este mundo, de este lugar de tinieblas; pero el mundo, acostumbrado á vivir bajo de este tirano, habia retenido sus máximas y su espíritu. Por esto aunque la religion cristiana haya purgado el mundo del paganismo, los cristianos han tenido siempre que combatir el espíritu y las máximas del mundo que se han atrincherado entre los mundanos. Pero los verdaderos hijos de Dios han conseguido y consiguen aun todos los dias la victoria sobre este mundo perverso; y esta victoria que hace victoriosos del mundo, de las máximas perniciosas del mundo, del espíritu contagioso del mundo, es nuestra fe. El mundo inspira el amor del placer, de las riquezas, de los falsos honores, de las comodidades de la vida; la fe de los cristianos les inspira sentimientos del todo contrarios, y esta moral, aunque opuesta á los sentidos, á las inclinaciones de la carne, al amor propio y á las máximas del mundo, ha triunfado de todas las preocupaciones á pesar de su prescripcion. Los hombres mas orgullosos y mas sensuales han abrazado la doctrina del Evangelio en el claustro y en los desiertos, en medio del mundo mas brillante y hasta en el trono mismo: sabios del mundo, grandes del mundo, partidarios del mundo, todo ha cedido, todo se ha rendido, todo se ha sometido al yugo de Jesucristo; á la fe, animada por la caridad, es á quien se debe esta victoria. ¿Quién es el que consigue la victoria sobre el mundo, continua el santo Apóstol, sino el que cree que Jesus es Hijo de Dios? Ciertos pretendidos sabios paganos, ciertos pretendidos espíritus fuertes se han jactado, hasta han hecho ostentacion de despreciar el mundo, y al mismo tiempo han sido esclavos suyos; solo la fe de los cristianos ha podido subyugarle. Hanse visto gentes fuera de la Iglesia que han podido despreciar los honores y las riquezas; pero ¿se han hallado quienes hayan resistido á los atractivos del deleite, quienes hayan tenido ánimo para perdonar las injurias, quienes hayan llevado la caridad hasta amar con ternura á sus mas mortales enemigos? Nótese que el Apóstol no dice simplemente que la fe es la que ha conseguido esta victoria; en este caso el hereje podria lisonjearse de poder tener parte en esta victoria; sino que dice *nuestra fe*, la fe que tenian los apóstoles y los primeros fieles y que no se encuentra mas que en la Iglesia romana; solo la fe de los católicos es la fe de los apóstoles y de los primeros cristianos. El mismo Jesucristo, añade el Apóstol, es el que ha venido en el agua y en la sangre, lo que prueba que es tan verdadero hombre como verdadero Dios: Juan Bautista no ha venido mas que en el agua, esto es, con solo el bautismo del agua; así es que su bautismo no quitaba el pecado del

mundo; Jesucristo no ha venido en el agua sola, sino con el agua de su bautismo y con la sangre de su pasión, la cual ha dado á su bautismo de agua toda su eficacia para la remisión de los pecados. El designio del Apóstol en esta Epístola es demostrar que Jesucristo nuestro Salvador es juntamente verdadero Dios y verdadero hombre; y que como el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo, que no son entre sí mas que una misma cosa, dan testimonio en el cielo de la divinidad del Salvador del mundo; tres cosas tambien en la tierra, á saber, el espíritu, el agua y la sangre, dan testimonio igualmente de que Jesucristo es tan verdadero hombre como verdadero Dios. El espíritu de Jesucristo es el que nos vivifica; el agua del bautismo es la que nos purifica; la sangre del Redentor es la que espia nuestros pecados y nos reconcilia con Dios; y estas tres cosas no son mas que una, esto es, la misma persona, el mismo hombre que es Jesucristo nuestro Señor. El testimonio de un Dios es mucho mas grande y mas auténtico que el de los hombres. Ahora bien, si no deja de creerse el de los hombres, con mucha mayor razon debe creerse el que Dios mismo ha dado públicamente de su propio Hijo, ya en el Jordan al tiempo de su bautismo, ya en el monte Tabor en su trasfiguración, y ya en el templo despues de su entrada solemne en la ciudad de Jerusalem. Jesucristo ha dado de sí mismo este glorioso testimonio en muchas ocasiones, y sobre todo delante de Caifás y delante de Pilato; en fin, el Espíritu Santo le ha dado visiblemente, apareciendo sobre él en forma de una paloma y descendiendo sensiblemente en forma de lenguas de fuego sobre los apóstoles, haciéndoles publicar en diversas lenguas y probar con milagros la divinidad de Jesucristo. De todo lo que concluye el Apóstol, que el que cree en el Hijo de Dios, el que cree que Jesucristo es verdadero Dios y verdadero hombre no puede errar, puesto que él lleva en sí mismo el testimonio de Dios. Todo esto puede referirse al estado de los recién bautizados, en razon de que habiendo recibido el bautismo del agua, de la sangre, y del Espíritu Santo, han nacido de Dios por esta regeneración y han quedado victoriosos del mundo, que es con Satanás el enemigo que han tenido que combatir y del que han triunfado por la fe.

El Evangelio de la misa de este día contiene la historia de una aparición de Jesucristo resucitado, acaecida precisamente ocho días despues de su resurrección. Al parecer la hizo principalmente en favor de Sto. Tomás, único de los apóstoles que por no haberse hallado con los demás, no le habia visto todavía resucitado.

San Crisóstomo cree que habiendo huido los apóstoles cuando el

Salvador fué preso en el huerto, se reunieron unos despues de otros á medida que se repararon de su espanto. Tomás no habia vuelto aun la tarde del día de la resurrección cuando se apareció el Salvador á toda la reunion, estando cerradas las puertas. A su vuelta, por mas que le contaron todo lo que habia pasado en su ausencia, las circunstancias de la resurrección de Jesucristo, su aparición á Magdalena, á las otras mujeres, á Pedro, á los dos discípulos que iban á Emaús, en fin, á todos los hermanos juntos en la misma tarde; Tomás no pudo rendirse á tantos testimonios, tan poco sospechosos; declaró que no deferiria mas que á su propia esperiencia; y que á menos que no viese con sus ojos y tocase con sus manos el cuerpo de su divino Maestro no creería que habia resucitado: añadiendo aun que no se contentaria con ver en sus manos las señales de los clavos que las habian traspasado, sino que queria tambien meter el dedo en la abertura que estos clavos habian hecho, y la mano en la llaga de su costado. Permitted Dios esta criminal obstinación en un Apóstol, adherido por otra parte á la persona del Salvador, y que hasta habia asegurado que estaba pronto á dar su vida por la gloria de su buen Maestro, para que fuese una nueva prueba de la verdad de su resurrección. La incredulidad de Tomás, dicen los Padres, no ha servido poco á la fe de los fieles. Un hombre de este carácter no estaba ciertamente dispuesto á creer ligeramente. La infidelidad de Sto. Tomás nos ha sido mas ventajosa que la sencilla de los demás apóstoles, dice S. Gregorio, porque no habiendo querido creer sino despues de haber visto y tocado, ha afirmado nuestra fe, y ha desvanecido de nuestro entendimiento hasta las menores dudas.

Dignóse Jesus tener esta condescendencia con un discípulo á quien trataba de curar de su incredulidad. Le concedió lo que cuasi siempre habia negado á los fariseos y á los demás judíos cuando le pedian ciertas pruebas de su misión que no juzgó á propósito el concederles. Púedese atribuir esta diferencia de conducta á la diferente disposición de sus corazones. Los fariseos aborrecian á Jesucristo, y no querian que fuese lo que ya tantas veces y tan evidentemente les habia probado que era, y de lo que no pedian nuevas pruebas sino para combatir las; al paso que Sto. Tomás en una situación absolutamente contraria de entendimiento y de corazón, amaba en el fondo á su Salvador, deseaba ardientemente su resurrección y su gloria, y el mismo deseo tan grande que tenia le impedia el creerla sin tener con que asegurarse sensiblemente: un deseo demasiado grande de ver llegar una cosa que se ansia con ardor, hace que se resista uno á creer

aun á aquellos que nos dicen que ha sucedido. Por el ansia con que se desea que ella sea, no se quiere creer que haya sido, hasta cerciorarse por sus propios sentidos; tal era acaso la incredulidad de este Apóstol: sin embargo esto no podía justificarla, y Jesucristo le reprende de ella, aunque en términos llenos de mansedumbre y de ternura despues de haberle concedido todas las pruebas que pedía de su resurreccion.

Ocho dias despues, esto es, el domingo siguiente que era el primer dia de la semana, estando juntos los discipulos y habiendo cerrado las puertas de miedo de que los judios no viniesen á insultarles, estando tambien Tomás con ellos, se apareció Jesus repentinamente en medio de ellos, y les dijo: La paz sea con vosotros: esta era la manera con que ordinariamente saludaba; la alegría fué general; pero Tomás quedó muy sorprendido cuando este divino Salvador, que venia principalmente para reducir la oveja descarriada, dirigiéndose á él: Tú no quieres creer, le dijo, que yo he resucitado, si no metes tu mano en mis cicatrices: yo quiero que te convenzas de la verdad de mi resurreccion por el testimonio de tus ojos y de tus manos, y que dejes de ser incrédulo. Mira en mis pies y en mis manos las aberturas que han hecho los clavos: no te fies de tus ojos; mete en ellos tu dedo, adelanta tu mano y métela en mi costado, y no seas incrédulo sino fiel. No hay motivo para dudar que Tomás no haya metido las manos en las llagas del Salvador. Jesucristo quiso que tocase su cuerpo este discípulo incrédulo, á fin de convencerle á él de una manera sensible, y dar á todos los fieles una prueba incontestable de su resurreccion. Sto. Tomás confuso por su terquedad, y penetrado del dolor mas vivo y de la contricion mas perfecta de su falta, se arrojó á los pies del Salvador, y animado de una fe viva, exclamó: Yo conozco, divino Maestro mio, que sois verdaderamente mi Señor y mi Dios. Contento el Salvador con la vuelta de esta oveja descarriada, le reprende á la verdad, pero como buen pastor y como padre: Porque me has visto, le dice con un aire sereno y con un tono de voz lleno de dulzura y que reanimaba su confianza, porque me has visto has creído; pero sabe que serán bienaventurados los que no habiéndome visto no se negaron á creer. Sto. Tomás creyó con una fe divina: él creyó aun mas de lo que veía, puesto que creyó la divinidad de Jesucristo, que no caía bajo de los sentidos; y aun aquí se ve la confesion mas espesa de la divinidad de Jesucristo, que aparece en el Evangelio. Pero quiso el Salvador darle á entender que su fe hubiera sido mas perfecta, si sin esperar prueba sensible se hubiera atenido desde luego á la palabra de Jesucristo, y á lo que



le habia dicho tantas veces de su resurreccion y de su divinidad, durante su vida mortal. *Dichosos los que no vieron y creyeron.* ¡Qué consolatorio es este oráculo para todos los fieles! Aquí estamos señalados, particularmente nosotros, por el Salvador, dice S. Gregorio, nosotros que no habiéndole visto en su carne mortal, le contemplamos solamente con los ojos del entendimiento, y le conservamos invisiblemente en nuestro corazon, con tal que nuestras obras correspondan á nuestra fe. Porque hacer profesion de conocer á Dios y negarle con las obras, es ser fiel no mas que de nombre.

Concluye S. Juan la historia de esta aparicion, diciendo que el Salvador ha hecho todavía en presencia de sus discipulos muchos otros milagros que no están escritos en este libro, y que estos se han escrito á fin de que creamos que Jesus es el Cristo Hijo de Dios, y que creyéndole tal tengamos la vida en su nombre. En efecto, en ningun otro hay salvacion; porque bajo del cielo no hay otro nombre dado á los hombres en virtud del que debamos ser salvos. Es como si dijera que de todas las apariciones, por medio de las cuales quiso Jesucristo asegurar á sus discipulos de la verdad de su resurreccion, no ha creído necesario el santo Evangelista referir mas que estas, las que le han parecido suficientes para convencer á los fieles de que Jesucristo es el Hijo de Dios y el Salvador de los hombres. Las demás apariciones que ha hecho con bastante frecuencia hasta el dia de su gloriosa Ascension, todas se han ordenado á otro objeto que el de probar su triunfante resurreccion; ya para establecer á S. Pedro por vicario suyo y cabeza de su Iglesia, y ya para instruirles sobre los misterios y otros puntos de la religion.

HIMNO.

Ad regias Agni dapes
Stolis amicti candidis
Post transitum maris Rubri
Christo canamus Principi.

Al manjar del Cordero immaculado
Lleguémonos con blancas vestiduras,
A Cristo sumo Rey de las alturas
Cantemos, el mar Rojo ya pasado (*).

(*) Esto es: Cantemos las glorias de su resurreccion pasada ya la tormenta de sus penas. O bien: Cantémosle por habernos sacado del cautiverio del demonio, significado en Faraon, y franqueándonos el paso á la tierra de promision, en que está simbolizada la gloria, despues de haber pasado el mar Bermejo en el que se simbolizaban la Pasion del Salvador, la Penitencia, y el Bautismo.